

**FEDERICO
MOCCIA**

A3MSC 3

Tres
veces
tú



FEDERICO MOCCIA

TRES VECES TÚ

Traducción de
Maribel Campmany

UNO

Contemplo el mar desde esta habitación. Ahora, todo me pertenece: la terraza que desciende poco a poco hacia las rocas, esos peldaños redondos, las duchas exteriores, protegidas con unas losetas amarillas y azules en las que destacan unos limones dibujados a mano, el mármol situado delante del ventanal que refleja el horizonte. Alguna ola del mar, rebelde, todavía sin acostumbrarse a mi presencia, o tal vez para celebrar mi nueva llegada, rompe contra las rocas que mantienen la villa engarzada en esa espectacular parte elevada de la costa. El sol se está poniendo y su luz tiñe de rojo las paredes que están a mi espalda y las del salón. Exactamente igual que aquel día de hace nueve años.

—¿Ha cambiado de idea? ¿Ya no quiere comprar la casa?

El propietario me mira con aire interrogante. Luego abre los brazos sereno, sosegado, tranquilo.

—Es libre de hacer lo que quiera, usted es quien paga. Pero si ya no está convencido, tendrá que darme el doble de la garantía o meterse en uno de esos pleitos que, en vista de la edad que tengo, seguro que no me permitirán ver ni un céntimo. —Me lo quedo mirando divertido. El viejo señor es más avisado que un niño. Frunce el ceño—. Claro que, si va usted con falsas intenciones, no tendrá urgencia. Sin duda se saldrá con la suya, pasando por encima de mí, pero no de mis hijos o de mis nietos. ¡Ya sabe que en Italia los juicios pueden ir para largo! —Y una tos profunda y cansada lo asalta, obligándolo a cerrar los ojos y a acabar su sermón de último senador romano.

Se toma un momento para recobrar el aliento, apoya la espalda en la butaca de tela, después se frota los ojos y los abre.

—Pero usted quiere esta casa, ¿verdad?

Me siento a su lado y tomo las hojas que tengo delante. Rubrico las páginas sin siquiera examinarlas; ya lo ha revisado todo mi abogado. Y estampo mi firma en la última página.

—Entonces ¿la compra?

—Sí, no he cambiado de idea, tengo lo que quería...

El propietario recoge los documentos y se los pasa a su hombre de confianza.

—Tengo que decirle la verdad: habría aceptado incluso la mitad del dinero.

—Yo también quiero decirle la verdad: habría llegado a pagar el doble.

Acto seguido, se levanta, se dirige hacia un mueble de madera antiguo y lo abre, saca una botella de champán de la heladera y, con algo de esfuerzo, la descorcha con verdadero placer y satisfacción. A continuación, lo sirve en dos copas altas.

—¿En serio habría pagado el doble?

—Sí.

—¿No me lo dice para hacerme rabiar?

—Y ¿por qué iba a hacer eso? Me cae bien, incluso me invita a tomar un champán excelente. —Mientras hablo, tomo la copa—. Y, además, a la temperatura perfecta, como a mí me gusta. No, en ningún caso quería hacerlo rabiar.

—Mmm.

El propietario alza su copa hacia mí y hacia el cielo.

—Ya le indiqué a mi abogado que podríamos haber pedido más...

Me encojo de hombros y no digo nada, ni siquiera menciono los diez mil euros que le entregué a su abogado para persuadirlo de que aceptara la oferta. Noto sus ojos preocupados sobre mí, no sé en qué está pensando. Sacude la cabeza y sonríe convencido.

—He hecho un buen negocio, estoy satisfecho... Brindemos por la felicidad que da esta villa. —Con decisión y determinación, se acerca la copa a los labios y se la bebe de un trago—. Acláreme una curiosidad. ¿Cómo ha hecho para tener prioridad sobre la casa en cuanto la puse a la venta?

—¿Conoce Vinicio, el supermercado que hay al final de la cuesta...?

—Sí, por supuesto.

—Pues digamos que tengo relación con el propietario desde hace bastante tiempo...

—¿Buscaba una casa por esta zona?

—No, quería saber cuándo se decidiría a vender la suya.

—¿Ésta en concreto? ¿Ésta y ninguna otra?

—Ésta. Esta casa debía ser mía.

Y en un instante retrocedo en el tiempo.

Babi y yo nos queremos. Aquel día ella estaba en Fregene, en Mastino, celebrando los cien días que faltaban para los exámenes con toda la clase. Me ve llegar en mi moto y se acerca con esa sonrisa capaz de iluminar todas mis sombras. Voy tras ella, saco la chalina azul que le había robado y le cubro los ojos. A continuación, sube detrás, en la moto, abrazada a mí y, con la música de Tiziano Ferro en los oídos, recorreremos toda la Aurelia hasta llegar a Feniglia. El mar plateado, las retamas, los arbustos verde oscuro y luego aquella casa en las rocas. Detengo la moto, bajamos, en un instante encuentro la manera de entrar. Ya está, caminamos por la casa de los sueños de Babi, me parece increíble, es como si lo estuviera viendo, la llevo tomada de la mano, en el silencio de ese día, mientras se pone el sol, oyendo sólo la respiración del mar y nuestras frases resonando por esas habitaciones vacías.

—¿Step? ¿Dónde estás? ¡No me dejes aquí sola! Tengo miedo...

Entonces le tomo las manos y, por un instante, se sobresalta.

—Soy yo...

Me reconoce, se deja llevar, parece más tranquila.

—Lo más curioso de todo es que te dejo hacer conmigo lo que quieras...

—¡Ojalá!

—¡Idiota! —Sigue con la venda en los ojos y golpea al aire, pero al final encuentra mi hombro y me acierta de lleno.

—¡Ay! ¡Cuando te lo propones, haces daño!

—Muchísimo..., pero lo que quería decir es que me parece absurdo estar aquí. Hemos entrado en una casa rompiendo un

cristal y estoy haciendo todo esto contigo, sin discutir, sin rechistar y, por si no fuera suficiente, no veo nada, así que estoy confiando en ti...

—Y ¿no es precioso poder confiar por completo en otra persona? ¿Ponerse totalmente en sus manos, confiarle cualquier incertidumbre, cualquier duda, igual que estás haciendo tú conmigo? Me parece lo más bonito del mundo.

—¿Y tú? ¿Tú también te has abandonado a mí?

Me quedo un instante en silencio, miro su rostro, sus ojos escondidos por la chalina. Luego la veo recuperar sus manos, dejando las mías, y permanecer así, suspendida en el aire. Quieta, independiente, sola. Entonces decido abrimme a ella.

—Sí, para mí también es así. Yo también me he abandonado a ti. Y es precioso.

—¿En qué está pensando? Lo veo tan distraído... Vuelva aquí, vamos, sea feliz, acaba de comprar la casa que quería, ¿no?

—Tiene razón, he ido hacia atrás en el tiempo, a un dulce recuerdo. Estaba saboreando esas palabras que a veces se dicen al azar cuando somos jóvenes. No sé por qué, pero he tenido un pensamiento absurdo. Como si este momento ya lo hubiera vivido.

—¡Ah, sí, un *déjà vu*! A mí también suele pasarme.

Me toma del brazo y nos acercamos a la ventana.

—Mire qué bonito el mar en este momento.

Susurro un «Sí», pero, para ser sincero, no acabo de entender qué quiere decirme, ni por qué nos hemos apartado él y yo.

El aroma excesivo que emanan sus cabellos batidos me aturde. ¿Seré yo así algún día? ¿Vacilaré de ese modo al moverme? ¿Mis pasos serán indecisos e inseguros? ¿Me temblará la mano como la suya tiembla mientras me señala alguna misteriosa información más?

—Mire allí... Total, ahora ya ha comprado la villa. ¿Ve esa escalera que conduce al mar?

—Sí.

—¿Pues hace mucho tiempo subieron por allí! Es un poco peligroso porque a veces vienen por el mar, deben tener cuidado si deci-

den venir a vivir aquí —me dice con la astucia de quien ha callado conscientemente.

—Pero ¿quién vino por el mar?

—Creo que una pareja de jóvenes, pero tal vez iban más. Rompieron una ventana, estuvieron por la casa, lo destruyeron todo y, por si no fuera suficiente, hasta profanaron mi cama. Había restos de sangre. ¡O sacrificaron un animal o la mujer era virgen!

Y, mientras se carcajea al decir esas palabras, se atraganta con una risotada de más. A continuación, sigue con su relato:

—Encontré unas batas mojadas, lo pasaron bien, también tomaron una botella de champán que había dejado en la heladera y se la bebieron, y encima robaron joyas, cosas de plata y otros objetos preciosos valorados en cincuenta mil euros... ¡Por suerte, tenía seguro! —Y me mira orgulloso de su asombrosa historia.

—¿Sabe, señor Marinelli?, habría preferido no saberlo, tal vez no debería habérmelo contado...

—¿Por qué? —Me mira con curiosidad, sorprendido, desconcertado por mis palabras, incluso ligeramente contrariado—. ¿Porque ahora tiene miedo?

—No, porque es usted un mentiroso. Porque no llegaron por el mar, porque la botella de champán se la trajeron de casa, porque no le robaron nada en absoluto y el único daño que quizá le hicieron fue romper esa ventana de allí... —Se la señalo—. Al lado de la puerta.

—¿Cómo se atreve a dudar de mis palabras? ¿Quién se cree que es?

—¿Yo? Nadie. Sólo un chico enamorado. Entré en esta casa hace nueve años, bebí un poco de mi champán e hice el amor con mi novia. Pero no soy ningún ladrón y no le robé nada. Ah, sí, quizá tomé prestadas dos batas...

Y me vuelve a la memoria la imagen de Babi y yo jugando a inventarnos nombres con las iniciales bordadas en esos albornoces esponjosos, una «A» y una «S». Después de competir por ver a quién se le ocurrían los más extraños, nos decidimos por Amarildo y Sigfrida y los abandonamos en las rocas.

—Ah..., ¿de modo que sabe la verdad?

—Sí, pero ¿quiere que le diga otra cosa? Sólo la sabemos usted y yo, y lo más importante es que ya me ha vendido la casa.